SEMINARIO DE CRITICA – AÑO 1991

N°20

"Historia y narrativa. Polémica entre Stone y Hobsbawn"

Discusión temática.

Julio de 1991

INSTITUTO DE ARTE AMERICANO
E INVESTIGACIONES ESTETICAS
"MARIO J. BUSCHIAZZO"

de «historia científica» han conocido el favor en nuestra profesión; no estaban establecidas sobre datos nuevos, sino sobre modelos nuevos o métodos nuevos: 1) el modelo económico marxista, 2) el modelo ecológico-demográfico francés, y 3) los métodos «cliométricos» americanos. Según el viejo modelo marxista, la historia se mueve en un «proceso» dialéctico de tesis y antitesis, como consecuencia de un conflicto de clases, las cuales son producto de cambios obrados en la dominación de los medios de producción. En los años 30, esta idea ha dado origen a un determinismo socio-económico más bien simplista, cuya influencia han sufrido numerosos jóvenes intelectuales. Los marxistas han sostenido por lo tanto, vigorosamente, la noción de una «historia científica» hasta finales de los años 50. Hay que anotar, sin embargo, que los «neomarxistas» de la actual generación han renunciado aparentemente a la mayoría de los dogmas fundamentales de sus antepasados, los marxistas tradicionales de los años 30.

El segundo sentido de «historia científica» es el que se emplea desde 1945 en la escuela francesa de «Annales», cuyo portavoz puede decirse que es Emmanuel Le Roy Ladurie, aunque se trate de un portavoz bastante extremista. Según él, las variables decisivas en historia son los cambios de equilibrio entre suministro alimenticio y población, equilibrio que habrá que determinar necesariamente por medio de estudios cuantitativos, y a lo largo de extensos periodos, de la productividad agrícola, de la evolución demográfica y de los precios alimenticios. Este tipo de «historia científica» ha nacido de una combinación del interés que los franceses han prestado siempre a la geografía histórica y a la demografía histórica, y de los métodos de cuantificación. Le Roy Laduri nos dice claramente que en «último extremo... no hay historia científica sino de lo cuantificable» (3).

En su tercera acepción, la expresión «historia científica» es esencialmente americana. Los «cliométricos» proclaman claramente y bien alto que únicamente su metodología cuantitativa tan particular, tiene derecho a llamarse científica (4). Oyéndoles, la comunidad de historiadores puede dividirse en dos campos. Están los «tradicionalistas», que son tanto los historiadores narradores a la antigua, ocupados en la política de los estados y las constituciones en la historia, como los «nuevos» historiadores, los economistas y demógrafos de «Annales» o de «Past and Present»: juntas ambas categorías, aunque se cuantifique en la segunda, y que por otra parte los dos grupos hayan sido enemigos declarados durante varias decenas de años, sobre todo en Francia. Completamente distinta es la escuela de los «historiadores científicos», los «cliométricos», que se caracterizan por una «metodología», más que por tal o cuál tema privilegiado o tal o cuál interpretación de la evolución histórica. Estos historiadores construyen modelos, paradigmas. A veces son modelos en el aire de mundos que no han existido jamás en la vida real. Se comprueba la validez de los modelos aplicando las fórmulas matemáticas y algebraicas más refinadas a ingentes cantidades de datos sometidos a un tratamiento electrónico. La predilección de estos historiadores va hacia la historia económica, campo que, por decirlo así, han conquistado en los Estados Unidos, y han hecho profundas incursiones en la historia reciente de la política de las democracias, aplicando sus métodos al comportamiento electoral, tanto de los electores como de los elegidos. Tenemos pues aquí grandes empresas que precisan de un trabajo de equipo, un poco como las construcciones de las pirámides: brigadas de ayudantes se afanan para reunir los datos, codificarlos, programarlos, zamparlos en el estómago del ordenador, bajo la autocrítica dirección de un jefe de equipo. No se podrían probar los resultados con ninguno de los métodos tradicionales, ya que las pruebas sepultadas en las cintas pertenecen a particulares, y no son comunicadas al pie de la páginas publicadas. Por lo demás, los datos están frecuentemente expresados en un forma matemática tan abstrusa que resultan ininteligibles a la mayoría de los historiadores profesionales. Lo único que tranquiliza al profano atónito, es que en esta casta sacerdotal, cada cual está en desacuerdo brutal y público sobre la validez de los hallazgos del vecino.

Desde 1945 la escuela francesa se expresa a través de la revista «Annales».

En cierto modo, estos tres tipos de historia científica que superponen el uno al otro, pero son lo suficientemente distintos —al menos para sus practicantes— como para justificar el que propongamos esta tipología en tres partes.

Otras explicaciones «científicas» de las vicisitudes históricas han conocido el éxito, luego han pasado de moda. El estructuralismo francés ha dado origen a teorías brillantes, pero no ha salido de él ninguna gran obra histórica, a menos que se consideren los escritos de Michel Foucault obras históricas y no obras de filosofía moral con ejemplos sacados de la historia. El funcionalismo personiano, precedido él mismo de la visión malinowskiana de la cultura (5) ha reinado mucho tiempo, aunque al final haya sido incapaz de ofrecer una explicación del cambio y a pesar de que entre las necesidades de una sociedad, materiales y biológicas, y las instituciones y los valores que la sustentan, el ajuste no haya sido visiblemente perfecto, y que a veces incluso haya sido de muy pobre calidad. Debemos al estructuralismo y al funcionalismo preciosas apreciaciones; pero ni el uno ni el otro han estado nunca en situación, ni siquiera aproximada, de ofrecer a los historiadores una explicación científica y completa de las mutaciones históricas.

La separación de la historia social de la intelectual ha ocasionado innumerables problemas.

Estos tres principales grupos de «historiadores científicos», que han conocido sus buenos momentos, respectivamente, de los años 30 a los años 50, de los años 50 a mediados de los años 70 y de los años 60 a principios de los 70, han tenido en común esta certidumbre suprema, que había respuestas a las grandes cuestiones de la historia y que con el tiempo terminarían por resolverlas. Se acabaría, presumían, por aportar soluciones, sólidas como el hierro, a problemas que han tenido hasta aquí a las mentes en jaque: las causas de las «grandes revoluciones», por ejemplo, o el paso del feudalismo al capitalismo, o el de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. Entre los «historiadores científicos» de los dos primeros grupos, este generoso optimismo reposaba en una creencia: las fuerzas motrices de la sociedad eran las condiciones materiales, tales como la relación variable entre población y subsistencias, los cambios en los medios de producción y los conflictos entre clases. Eran numerosos, pero no unánimes, a la hora de considerar como simples epifenómenos los hechos culturales, religiosos, sicológicos, jurídicos e incluso políticos. Desde el momento en que el determinismo económico y/o demográfico reclamaba una amplia parte de su contenido a esa especie nueva de la investigación histórica, el modo analítico cumplía mejor su cometido que la modalidad narrativa a la hora de organizar y presentar los datos, y era necesario que los mismos datos fuesen, en la medida de lo posible, de naturaleza cuantitativa.

Los historiadores franceses, que en los años 1950 y 1960 iban a la cabeza de esta briosa empresa, se impusieron como norma un dispositivo jerárquico: por orden de llegada, así como de importancia, estaban primero los hechos económicos y demográficos; luego la estructuración social; por último, los fenómenos intelectuales, religiosos, culturales y políticos. Se representaban estas tres zonas como los pisos de una casa, cada uno de los cuales está asentado sobre el de debajo; pero los de arriba, como contrapartida, no tienen casi efecto sobre los de abajo.

En ciertas manos, el nuevo método y las nuevas cuestiones han dado resultados que rayan en lo sensacional. Las primeras obras de Fernand Braudel de Pierre Goubert y de Emmanuelle Le Roy Ladurie contarán entre los más grandes escritos de todos los tiempos y lugares (6). Ellos solos justifican plenamente la elección, durante una generación, de la vía analítica y estructural de acercamiento.

Sin embargo la conclusión habrá sido: revisionismo histórico la ultranza. Al importar verdaderamente sólo el primer asiento, puesto que se trataba de las condiciones materiales de las masas, y no de la cultura de la élite, se ha podido hablar de «historia inmóvil» a propósito de la Europa continental del siglo XIV al siglo XVIII. Le Roy Ladurie ha sostenido que nada, absolutamente nada, ha cambiado en el curso de estos cinco siglos, dado que la sociedad ha permanecido tercamente aprisionada en su «ecodemografía» tradicional e inmutables (7). En este nuevo modelo de historia, movimientos como el renacimiento, la reforma, las luces y el nacimiento del Estado moderno, sencillamente han desaparecido. En absoluto se han tenido en cuenta las transformaciones masivas de la cultura, el arte, la arquitectura, la literatura, la religión, la educación, la ciencia, la constitución, la construcción del Estado, la burocracia, la organización militar, las disposiciones fiscales, etcétera, que han tenido lugar en los estratos superiores de la sociedad durante estos cinco siglos. Esta curiosa ceguera era el efecto de una firme convicción: que todos estos asuntos forman parte de la tercera categoría y no son más que superestructura.

Recientemente, algunos eruditos de esta escuela se han puesto a aplicar sus métodos estadísticos, probados luego, a problemas como el grado de instrucción, el contenido de las bibliotecas, la grandeza y decadencia de la piedad cristiana: han presenta-

Las obras de los historiadores franceses de los 60 dan prioridad a los temas económicos y de estructuración social sobre los demás.

F. Braudel, cuya obra es una de las me representaciones del método analítico y es tural.

do sus actividades como la cuan cación aplicada al «tercer nivel».

El regreso al relato

La primera causa de la vuelta tual al relato, es que se han per muchas ilusiones en el modelo d minista de explicación histórica la susodicha disposición en tres nos.

La separación de la historia s y de la historia intelectual ha ac ado las más enojosas consecuen Tanto la una como la otra se ha contrado aisladas, replegadas mismas y encajonadas. En Amé la historia intelectual, que había tado el estandarte de la profesió pasado duros momentos, y du algún tiempo ha perdido confi en sí misma (8). Jamás la histori cial había prosperado tanto: per realidad, si ha podido enorgulle de tal o cual realización, estos individuales anunciaban una pé de vitalidad, que ha terminad acusar cuando ha empezado a nar su fe en las explicaciones mente económicas y sociales. son numerosos entre nos aquéllos a los que la evidencia documentos ha forzado a adm prodigiosa complejidad de vaivén, de este tráfago en que dean los hechos de población, mentación, de clima, de oferta taria, de alza o baja de los pr por una parte, y los valores, las las costumbres, por otra. Tod forma uno mismo y único teji significación con las relacion ciales, de rango o de clase.

Desde entonces, muchos historiadores piensan que la cultura del grupo e incluso la voluntad del individuo son en potencia causas y agentes de cambio tan importantes al menos como las fuerzas impersonales de la producción material y del crecimiento demográfico. Ninguna razón teórica lograría que éstas dictasen invariablemente la ley de aquéllas y no al revés (9), se puede incluso decir que hay multitud de ejemplos de lo contrario. Así la contraconcepción, sin duda alguna, es el efecto de un estado de ánimo, tanto como el producto de las circunstancias económicas. La prueba de ello se encontrará en Francia, en que esta práctica ha estado muy extendida, en todas las regiones, mucho antes de la industrialización, mientras que no se producía ningún estirón en la población, con excepción de la agricultura de subsistencia, y con cerca de un siglo de antelación sobre los otros países occidentales. En la actualidad, sabemos también que la familia-núcleo existía antes de la sociedad industrial, y que las nociones de vida íntima, de amor y de individualismo se han abierto paso a través de algunos de los sectores más tradicionales de una sociedad muy tradicional en sí misma, la Inglaterra de fines del siglo XVII y principios del XVIII; no son pues éstos resultado de las evoluciones que iban más tarde a modernizar la economía y la sociedad. La ética puritana era el derivado de un movimiento religioso desligado de ese mundo, que había arraigado en las sociedades anglosajonas de Inglaterra y de Nueva-Inglaterra, siglos antes de que hubiese necesidad de uniformar el trabajo y de que se hubiese construido la primera fábrica. Por otra parte, hay correlación inversa, al menos en la Francia del siglo XIX, entre el grado de instrucción y el grado de urbanización e industrialización. Se descubre que los niveles de instrucción no nos informan más que medianamente sobre las actitudes mentales «modernas» o sobre las profesiones «modernas» (10). Entre cultura y sociedad, esto se ve claramente, las conexiones son muy complejas y parecen variar de una época a otra y de un lugar a otro.

Uno no puede evitar pensar que el abandono del compromiso ideológico por parte de los intelectuales de Occidente ha jugado también su papel. Si nos volvemos hacia tres de las más rudas batallas entre historiadores de los años 1950 y 1960 —en cuanto al desarrollo o el ocaso de la baja nobleza en la Inglaterra del siglo XVII, en cuanto al alza o caída de los

(History Workshop.) Portavoz de la historia local radical inglesa.

ingresos reales de la clase obrera en los primeros estadios de la industrialización, y en cuanto a la causa, naturaleza y consecuencias de la esclavitud en América— se comprueba que éstos fueron, en el fondo, debates inflamados por las inquietudes ideológicas del momento. Saber si la interpretación marxista era correcta o no, resultaba entonces de una importancia increíble: asimismo esas cuestiones históricas excitaban mucho los ánimos. Pero vemos que el ocaso ideológico del marxismo y la adopción de economías mixtas en el Oeste han puesto sordina a la controversia ideológica; al mismo tiempo, la necesidad de responder a los grandes «porqués» se ha hecho menos acuciante entre los investigadores: se puede, sin caer en lo inverosímil, emitir la idea de que hay una cierta relación entre ambas trayectorias. Conceder que las ideas, la cultura e incluso la voluntad de los individuos son variables independientes, era ya minar el determinismo económico y demográfico. Pero hay más: se ha vuelto a admitir que la potencia política y militar, el recurso a la violencia, han impuesto a menudo la organización de la sociedad, la distribución de las riquezas, el sistema agrario e incluso la cultura de la élite, lo cual es otro trabajo de zapa. Se pretende como ejemplo clásico la conquista de Inglaterra por los Normandos en 1066, y a esto se añade, según las probabilidades, las vías divergentes en que se comprometieron —la Europa del Este, la Europa del Noroeste e Inglaterra en los siglos XVI y XVII (11). Los historiadores del porvenir, no lo dudemos, criticarán severamente a los «nuevos historiadores» de los años 1950 y 1960 el no haber tenido suficientemente en cuenta el poder, la organización y la decisión políticas, las contingencias de la batalla y del sitio, la destrucción y la conquista. Las civilizaciones han conocido su grandeza y decadencia según las fluctuaciones de la autoridad política y según las suertes cambiantes de la guerra, y es extraordinario que historiadores que se consideraban colocados en primera línea hayan descuidado durante tanto tiempo estas materias. En la práctica, el grueso de la profesión ha continuado ocupándose de historia política, como había hecho siempre, pero generalmente no se veía en ello la madre del cordero. Reconociendo, un poco tarde la importancia del poder, de las decisiones políticas tomadas personalmente por tal o cual individuo, de las probabilidades guerreras, nuestros historiadores han tenido que volver al modo narrativo, contentos o no. Para emplear las palabras de Maquiavelo, no sería lícito hablar de «virtù» ni de «fortuna» sino en el relato, o incluso para contar una anécdota: pues la primera es un atributo del individuo, la segunda un accidente feliz o desdichado.

Tercer golpe, rudamente asestado a la historia analítica y estructural: hasta hoy no se puede menos de juzgar sin reservas las hojas de servicio de lo que ha sido su método más característico, es decir, la cuantificación. Queda fuera de toda duda que la cuantificación ha madurado, que se ha afirmado como método esencial en numerosas competencias de la investigación histórica, sobre todo en historia demográfica, en historia de la estructuración y de la movilidad sociales, en historia económica y en historia de la geografía y del comportamiento electorales en los sistemas políticos democráticos. Al recurrir a ella, se ha mejorado enormemente la calidad general del discurso histórico, exigiendo que se citen cifras precisas donde antes se contentaba uno con palabras vagas. Los historiadores ya no pueden salir del paso con «más» o «menos», con «crecientes» y «decrecientes», con todas esas expresiones que exigirían lógicamente comparaciones numéricas, sin decir nunca categóricamente sobre qué fundan sus afirmaciones. De la misma manera, poco se honraría uno razonando exclusivamente sobre ejemplos: los críticos reclaman de ahora en adelante que se pruebe, con la ayuda de estadísticas, que se trata de ejemplos típicos y no de excepciones a la regla. Indiscutiblemente, estas maneras de proceder han puesto

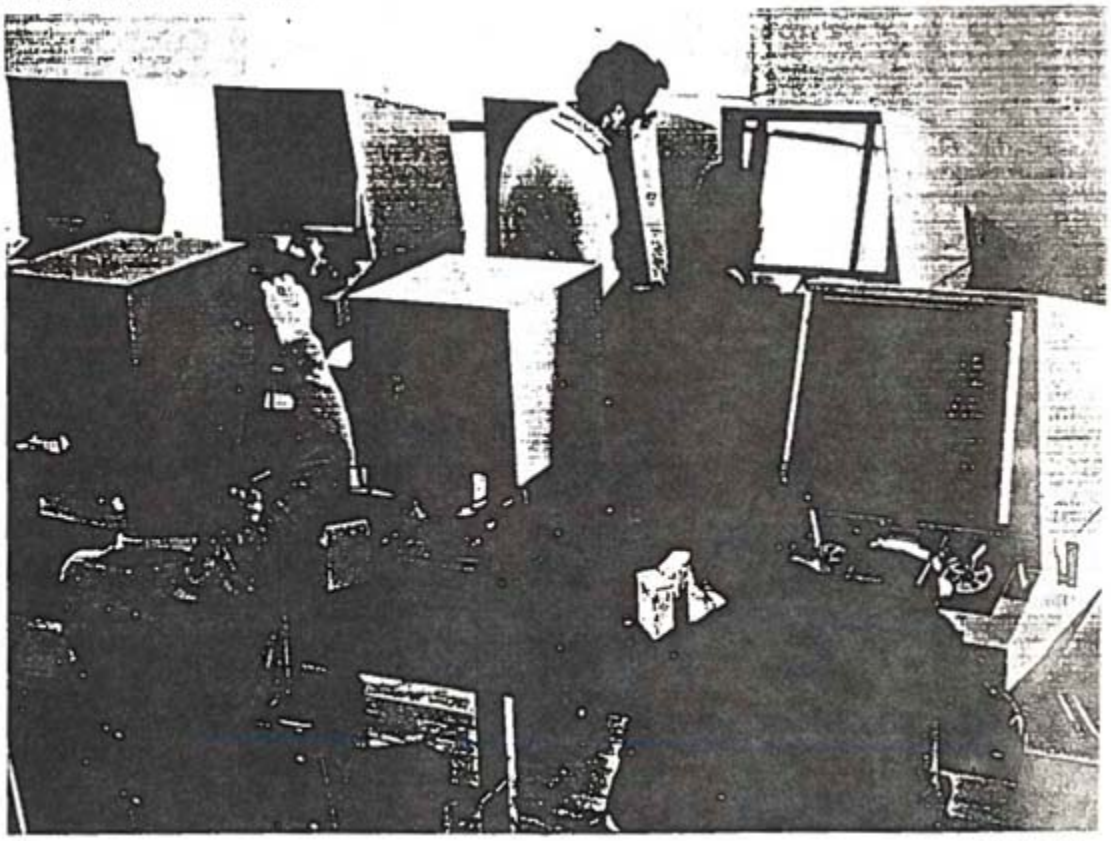
más potencia lógica y más fuerza persuasiva en el razonamiento histórico. Y nadie piensa en discutir, si el tema se presta a ello, si es útil y fructuoso, si es posible en la situación de los documentos que subsisten, que el historiador deba contar.

La sofisticación técnica de los cuantitativos

Hay, sin embargo, una diferencia específica entre la cuantificación artesanal de un investigador aislado, que suma cifras en una calculadora de bolsillo y presenta cuadros y porcentajes, y el trabajo de los cliométricos. Estos últimos tienen como especialidad reunir grandes cantidades de datos preparados por equipos de ayudantes, recurrir a ordenadores para tratar el conjunto, y aplicar a los resultados obtenidos métodos matemáticos extremadamente rebuscados. Se han suscitado dudas acerca de todas las etapas de esta manera de proceder. Son numerosos los que se preguntan si se puede contar siempre con los datos históricos y por lo tanto si estos responden del método en sí mismo; si uno puede fiarse de equipos de ayudantes para aplicar una codificación uniforme a masas de documentos a menudo muy diferentes e incluso ambiguos; si no se pierde en la codificación una multitud de detalles decisivos; si siempre es posible asegurarse de que todos los errores de codificación y de programación han sido eliminados, y si, en su refinamiento mismo, las fórmulas matemáticas y algebraicas no acaban por anularse a sí mismas, puesto que desorientan a la mayor parte de los historiadores. Por último, uno se preocupa con frecuencia de la imposibilidad práctica de comprobar si los resultados finales son dignos de crédito, puesto que necesitan remitirse, no a notas de pie de página, sino a cintas de ordenador inéditas, que son propiedad privada y que provienen de millares de folios codificados, sacados ellos mismos de los datos en bruto.

Estos problemas son reales y lo seguirán siendo. Todos conocemos este tipo de disertaciones, artículos, monografías cuyos autores han recurrido a las técnicas más elaboradas, ya para probar su evidencia, ya para jactarse de demostrar lo improbable con la ayuda de fórmulas y de un vocabulario que hacen incomprobable la materia para el historiador común. A veces el resultado presenta dos vicios a la vez, la ilegibilidad y la banalidad. Todos conocemos esas tesis que languidecen inacabadas porque el investigador ha sido sencillamente incapaz de dominar intelectualmente el volumen de listado escupido por el impresor de la calculadora, o porque ha empleado tantos esfuerzos en preparar los datos para la máquina que se encuentra escaso de tiempo, de paciencia y de dinero. De todo ello se concluirá segura y claramente que, siempre que la cosa sea posible, es preferible y más rápido confrontar a mano en vez de introducir el universo entero en una máquina. Todos conocemos estudios de ésos en que un error en la lógica, un atentado al simple sentido común han viciado o expuesto a la duda la mayor parte de las conclusiones sacadas. Todos conocemos estudios de ésos en que se ha olvidado introducir

La utilización de tecnologías sofisticadas hasta el grado que lo hacen los cliométricos conlleva la necesidad de grandes equipos de ayudantes y ordenadores que traten tal cantidad de datos.



una información en el momento de la codificación dejando así perderse un resultado importante. Conocemos otros, por último, en que las mismas fuentes de la información son tan poco dignas de fe que no se puede con seguridad aceptar gran cosa de las conclusiones fundadas sobre las manipulación cuantitativa. El ejemplo de los registros parroquiales es clásico: en muchos países se les dedican actualmente esfuerzos gigantescos, pero existen posibilidades de que el resultado valga la pena en algunos aspectos solamente.

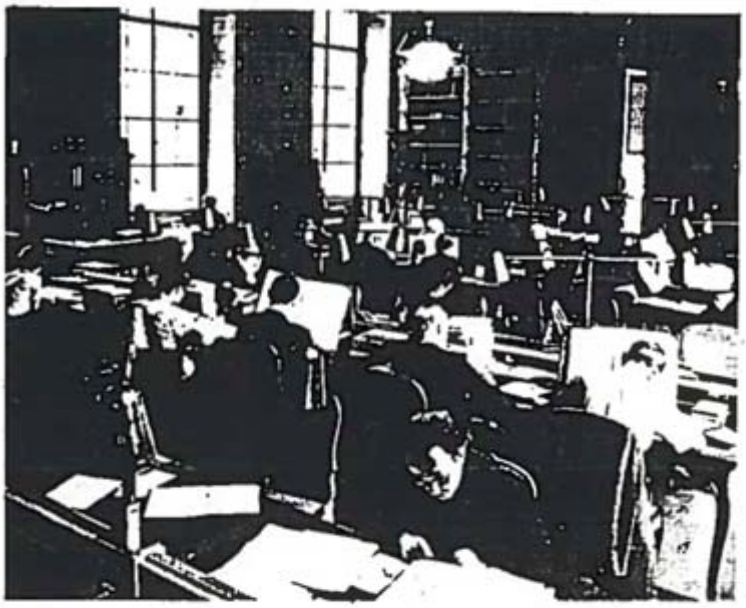
A despecho de sus realizaciones inatacables, no se podría negar que la cuantificación no ha colmado las altas esperanzas de hace veinte años. En su mayoría, los grandes problemas de la historia son tan insolubles como antes, si no más. Seguimos tan lejos de entendernos sobre las causas de las revoluciones inglesa, francesa y americana, a pesar de los enormes esfuerzos realizados para aportar luz a sus orígenes económicos y sociales. Después de treinta años de investigación intensiva en historia demográfica, aquí estamos, no menos embrollados que al principio; mejor dicho, lo estamos más. Seguimos sin saber porqué la población dejó de crecer en la mayor parte de las regiones de Europa entre 1640 y 1740; todavía no sabemos por qué se ha vuelto a poner a crecer en 1970; ni siquiera si la causa de ello ha sido un brote de fecundidad o un descenso de la mortalidad. La cuantificación nos ha enseñado mucho sobre los «qués» de la demografía histórica, pero hasta ahora relativamente poco sobre los «porqués». Las grandes cuestiones de la esclavitud en América, siguen tan incomprensibles, a pesar de que se les haya aplicado uno de los estudios más masivos y más detallados que se haya organizado jamás. La publicación de los resultados, lejos de resolver la mayoría de los problemas, no ha hecho más que elevar la temperatura del debate (12). Como efecto saludable ha tenido el de atraer la atención sobre puntos importantes como el régimen alimenticio, la higiene, la salud, el modelo familiar entre los negros de América en tiempos de la esclavitud; pero ha desviado también la atención de los efectos sicológicos de la esclavitud así en los amos como en los esclavos, simplemente porque esas materias no son mensurables en ordenador: ahora bien, en realidad son de una importancia igual e incluso mayor. Las historias urbanas están cargadas de estadística, pero las corrientes de movilidad nos siguen estando veladas. Hoy no se sabe con exactitud si la sociedad inglesa era más abierta y movible que la sociedad francesa en los siglos XVII y XVIII, ni siquiera si la pequeña nobleza y la aristocracia estaban en ascensión o en decadencia en la Inglaterra de antes de la guerra civil. No estamos mejor servidos en esos campos de lo que lo estaban James Harrington en el siglo XVII o Tocqueville en el XIX.

Una metodología cara y compleja que no justifica los resultados

Son precisamente éstos los estudios en que se ha invertido con más prodigalidad; los que ponen la máxima ambición en reunir cantidades enormes de datos a cargo de un ejército de investigadores remunerados; los que son tratados de la manera más científica y por lo más nuevo en materia de ordenadores; cuya presentación matemática es más extremada: pues bien, son ellos los que, en el día de hoy, se han revelado como los más decepcionantes. Dos decenios, millones de dólares, luego de libras y de francos: los únicos resultados hoy presentables son más bien modestos en comparación con todo este dispendio de tiempo, de energía y de dinero. Hay enormes pilas de papel verdoso que se llenan de polvo en los despachos de los especialistas; hay hileras de tomos campanudos, de una tristeza mortal, llenos de cuadros de cifras, de ecuaciones abstrusas y de porcentajes con dos decimales. También muchos hallazgos de valor, y algunas grandes contribuciones al corpus relativamente restringido de obras ya para siempre preciosas. Pero, en general, las complicaciones de la metodología han sido propensas a imponerse a la seguridad de los datos, mientras que la utilidad de los resultados parece ser —hasta un cierto punto— inversamente correlativa a la complejidad matemática de los métodos y a la proporción grandiosa de la recogida de datos.

Sea cual sea el análisis de los costos y beneficios de la historia por ordenadores y en gran escala, hasta la fecha la remuneración ha justificado en escasas ocasiones el empleo de

La complicada cuantificación matemática no ha dado unos resultados proporcionales al derroche de medios realizado.



(Biblioteca.) Cada vez son más los historiadores que se plantean averiguar cómo era «vivir en otra época», y ante estas cuestiones se vuelve al relato.

tiempo y dinero. Asimismo los historiadores buscan por todas partes los métodos de investigación del pasado que les permitan arrojar más luz sobre éste sin darse tanto engorro. En 1968, Le Roy Ladurie profetizaba: el historiador de los años 80 «será programador o no será» (13). La profecía no se ha cumplido, sobre todo por el mismo profeta.

Fuerza les es a los historiadores volver al principio de indeterminación y admitir que en presencia de variables tan numerosas, lo mejor que se puede hacer en historia es generalizar a medio plazo, como Robert Merton aconsejaba hace ya mucho tiempo. El modelo macro-económico es un cuento chino y la «historia científica» un mito. Las explicaciones unicausales son sencillamente inoperantes. Sirviéndonos de modelos retroactivos de explicación, construidos en torno a «afinidades electivas» weberianas, estaremos mejor armados, parece, para estudiar la causalidad histórica y para descubrir algo de su inaprehensible verdad, sobre todo si dejamos de pretender que nuestro método tiene lo más mínimo de científico.

Desencantados del determinismo unicasual, económico y demográfico, y de la cuantificación, algunos historiadores han determinado plantear un nuevo conjunto de cuestiones que, preocupados como estaban por una metodología específica, estructural, colectiva y estadística, no podían ver. Cada vez son más numerosos los «nuevos historiadores» que intentan descubrir lo que ocurría en la cabeza de la gente de antaño, lo que era vivir en otros tiempos: y cuando uno se plantea esas cuestiones, vuelve inevitablemente a la narración.

Los nuevos intereses de los historiadores de los 70: Los sentimientos, los modelos de comportamiento

Un importante subgrupo de la gran escuela francesa, con Lucien Febure en la cabeza, ha considerado siempre los cambios intelectuales, sicológicos y culturales como variables independientes, de una importancia capital. Durante mucho tiempo, han sido minoría, olvidados en dique seco, apartados de la gran corriente que pasaba desdeñosamente frente a ellos: la corriente hinchada de la «historia científica, económica y social en su contenido, estructural en su organización, cuantitativa en su metodología. Y he aquí que, de pronto, sus temas predilectos vuelven a la moda. A decir verdad, las cuestiones planteadas no son exactamente las mismas, como tomadas a menudo de la antropología. En la práctica, si no en la teoría, la antropología, voluntariamente despreocupada del tiempo y del cambio, ha sido una de las disciplinas menos próximas a la historia. Aquélla nos ha enseñado al menos que un sistema social y un conjunto de valores pueden recibir una brillante iluminación, gracias a un proyector: este método que consiste en captar todos los detalles de un único acontecimiento, con tal de que esté muy minuciosamente colocado en su contexto íntegro y muy minuciosamente analizado en cuanto a su significación cultural. El modelo, el arquetipo de esta descripción en grosor, de esta «descripción densa», es la descripción clásica de una pelea de gallos en Bali, por Clifford Geertz (14). Nosotros, historiadores, no podemos desgraciadamente, asistir en persona, con libretas, magnetofones y cámaras a los acontecimientos que relatamos, pero de cuando en cuando nos es posible encontrar una nube de testigos para decirnos cómo era. Esa es pues la primera causa de una vuelta al relato en algunos «nuevos historiadores»: es la antropología y no la sociología y la economía, la más influyente de las ciencias sociales.

Uno de los cambios más sorprendentes producidos en el contenido de la historia ha sido un brote de interés, absolutamente repentino, por los sentimientos, las emociones, los modelos de comportamiento, los valores, los estados de ánimo. A este respecto, la influencia de antropólogos como Evans-Pritchard, Clifford Geertz, Mary Douglas y Víctor Turner ha sido considerable. Si, hasta el momento, la sico-historia ha sido sobre todo una zona de desastres —un desierto punteado de precios, vehículos perfeccionados de cromos brillantes, averiados poco después de su partida— la misma sicología ha ejercido su influencia sobre una generación que dedica en lo sucesivo su atención al deseo sexual, a las relaciones familiares y a los lazos afectivos que afectan a los individuos y a las ideas, a las creencias y a las costumbres, que afectan al grupo.

Si se plantean cuestiones de una naturaleza diferente, es también, sin duda, porque en los años 70 ideales e intereses más personalizados han tenido prioridad sobre los problemas públicos: resultado de una desilusión general en cuanto a las perspectivas de un cambio mediante la acción política. Si los historiadores se interesan de pronto por esos temas del pasado, es probablemente porque se preocupan también de ellos en el presente.

Otra punzada: la historia intelectual, bajo su forma tradicional de «rallye» de ideas sobre el papel a través del tiempo, con puesto de llegada habitual del lado de Aristóteles o del lado de Platón, se ha derrumbado. Se habían estudiado los «grandes

libros» en el vacío histórico, sin intentar siquiera situar a los mismos autores, o su vocabulario, en su verdadero escenario temporal. Para escribir de nuevo la historia del pensamiento político de occidente, los J. G. A. Pocock, los Quintin Skinner, los Bernard Bailyn se imponen la labor de reconstruir el contexto preciso de las palabras y la significación de las ideas, y de mostrar que estos camaleones han cambiado de silueta y de color para adaptarse a las nuevas circunstancias y a las nuevas necesidades.

Al mismo tiempo, la historia tradicional de las ideas se orienta hacia el estudio de las mutaciones del público y de los medios de comunicación. Se ha visto surgir y florecer una historia de la prensa de imprimir, del libro y de la instrucción pública, y de su papel en la difusión de las ideas y en la transformación de los valores.

A todas estas razones de volver al relato, se puede añadir, parece, que un cierto número de «nuevos historiadores» quieren hacer sus descubrimientos accesibles a un público de lectores inteligentes, pero no especialistas, deseosos de aprender lo que han revelado esas interrogaciones nuevas, esos métodos innovados, esos datos amontonados, pero sin apetito entre los cuadros estadísticos, y el razonamiento secamente analítico y la jerga profesional. Los practicantes de la historia estructural, analítica, cuantitativa han terminado por no hablar más que entre ellos. Han publicado sus descubrimientos en revistas profesionales o en monografías, tan costosas e impresas en tan pequeño número de ejemplares (menos del millar) que las bibliotecas los han comprado casi todos. Y, sin embargo, el éxito de publicaciones periódicas populares como «History Today» o «L'Histoire» prueba que existe un vasto público a la escucha. Están tardando los «nuevos historiadores» en dirigirse directamente a su público, en vez de dejarle pastar en las biografías populares y en los manuales. Después de todo, las cuestiones planteadas por los «nuevos historiadores» son las que nos preocupan a todos hoy: la naturaleza del poder, de la autoridad y del mando carismático; la relación de instituciones políticas con configuraciones sociales y sistemas de valores subyacentes; las actitudes observadas respecto a la juventud, a la enfermedad, a la vejez y a la muerte: la vida sexual, el matrimonio, el concubinato, el nacimiento, la contraconcepción, el aborto, el trabajo, el ocio y el gasto ostentoso; la relación de la religión, de la ciencia y de la magia como modelos explicativos de la realidad; la fuerza y la orientación del amor, del miedo, del deseo y del odio; los efectos de la instrucción y de la educación en la vida de la gente y en la manera de ver el mundo; la importancia relativa concedida a las diferentes agrupaciones sociales, tales como la familia, la parentela, la comunidad, la nación, la clase y la raza; la fuerza y la significación del ritual, del símbolo y de la costumbre como aglutinantes de una comunidad; las concepciones filosóficas y morales del crimen y del castigo; las formas del respeto y los accesos de igualitarismo; los conflictos estructurales entre categorías sociales o entre clases; los medios de la movilidad social, sus posibilidades, sus límites; la naturaleza y la significación de la protesta popular y de las esperanzas milenaristas; los cambios en el equilibrio ecológico entre el hombre y la naturaleza; las causas y los efectos de la enfermedad. Tantas cuestiones candentes en la hora actual; tantas cuestiones que apuntan a las masas, más que a la élite. Tienen ellas más relación, son más «pertinentes» en nuestra vida que los hechos y gestas de los reyes, los presidentes y los generales.

Las cuestiones que se plantean los «nuevos historiadores» son las que preocupan a todos hoy: sistemas de valores subyacen a instituciones política o formas sociales, sexo, familia, muerte, etc.

Los «nuevos historiadores» y sus problemas

Por causa de estos motivos convergentes, un buen número de defensores de la «nueva historia» recurren de nuevo a la modalidad narrativa, ayer desdeñada. Hay, sin embargo, historiadores —e incluso editores— que toman este partido no sin cierta turbación. En 1979, el «Publisher's Weekly», semanario profesional, ensalzaba en estos singulares términos los méritos de una nueva obra, una historia del proceso de Louis XVI: «Jordan ha escogido *el tratamiento narrativo más bien que el culto* (soy yo el que subraya)... es un modelo de claridad y de síntesis (15).» «Se ve bien que al crítico le ha gustado el libro, pero, que en su pensamiento, lo que es narrativo no es, por descripción, culto.

Cuando un miembro distinguido de la escuela «nueva historia» compone un relato, sus amigos le excusan de buena gana, diciendo: «Por supuesto, lo ha hecho por dinero.» A pesar de estas justificaciones contritas, se toman aquí y allá nuevos caminos en historiografía, y esto aparece en el contenido, en el método y en la manera.

Después de haber languidecido durante cuarenta años sin lectores, el libro pionero que Norbert Elias consagró a las «maneras» acaba de ser súbitamente traducido al inglés y al francés (16). Théodore Zeldin ha escrito una brillante historia de Francia, publicada en una colección de manuales clásicos, en la cual omite prácticamente todos los aspectos de la historia tradicional y se centra únicamente, o casi, en los sentimientos y los estados de ánimo (17). Philippe Ariés ha estudiado las reacciones al universal trauma de la muerte en el curso de un inmenso lapso de tiempo (18). La historia de la hechicería ha alcanzado pronto el desarrollo de una industria en todos los países y lo mismo la historia de la familia, incluida la de la infancia, la de la juventud, la de la vejez, la de las mujeres y la sexualidad (estos dos últimos temas con peligro de hundirse bajo el peso de fuerzas intelectuales superiores en número).

Un excelente ejemplo de la tragedia que los estudios históricos han seguido voluntariamente en los últimos veinte años nos lo proporcionan los temas de investigación de Jean Delumeau. Comenzó en 1957 con el estudio de una sociedad (Roma); siguió en 1962 con el de un producto (el alumbre); en 1971, el de una religión (el catolicismo); el de un comportamiento colectivo (los países de Jauja) en 1976, y, finalmente, en 1979, el de un sentimiento (el miedo) (19).

Los franceses tienen una palabra para describir este tipo de temas nuevos: «mentalité». Esta, desgraciadamente, no está muy bien definida, y se tiene cierta dificultad en traducirla al inglés. En cualquier caso la historia contada, la narración muy circunstanciada y detallada de uno o varios «acontecimientos» (happenings), junto con las declaraciones favorables de testigos oculares y participantes, es evidentemente un buen medio de recuperar las manifestaciones exteriores de la «mentalidad» del pasado. Con seguridad el análisis sigue siendo la parte esencial de la empresa, la cual está fundada en una interpretación antropológica de la cultura que se da por sistemática y científica, pero este hecho no podría

Este tipo de «nuevos temas» es lo que los franceses denominan «mentalidades» o «acontecimientos». La historia oral, la narración puede ser un buen instrumento.

eclipsar el papel del estudio de la «mentalidad» en el renacer de las maneras no analíticas de escribir la historia, especialmente el arte de contar.

El arte de contar

Por supuesto, el relato no es la única manera de escribir la historia de una «mentalidad», una vez posibilitada ésta por la pérdida de muchas ilusiones sobre el análisis estructural. Tomemos como ejemplo esta brillantísima reconstrucción de una actitud espiritual, la evocación del final del mundo antiguo hecha por Peter Brown (20). Es como si las categorías habituales, bien claras sin embargo, no existiesen; ni la población, ni la economía, ni la estructuración social, ni el sistema político, ni la cultura, ni... Brown compone el retrato de una era, más bien al modo de un artista posimpresionista, aplicando el color aquí y allá, en manchas espontáneas: si se retrocede, se recibe una asombrosa visión de la realidad; si se examina de cerca, todo se disuelve y se confunde, se esfuma y se vacía de sentido. La impresión buscada, la óptica del pintor, la íntima yuxtaposición de la historia, de la literatura, de la religión y el arte, la preocupación de lo que sucede en la cabeza de la gente, todo ello denota una manera muy nueva de contemplar la historia. El método no es el relato, sino una manera «puntillista» de escribir la historia. Sigue siendo válido el que, también aquí, es la «mentalidad» lo que despierta y pica la curiosidad, y si la empresa es posible, es que cede la confianza en el tratamiento analítico y estructural preponderante desde hace treint años.

Hemos visto renacer el relato de u acontecimiento aislado. George Duby se ha atrevido a hacer lo qu hubiera sido impensable hace algu nos años. Ha dedicado un libro a l relación de una batalla, la de Bouvi nes, lo que le ha permitido aporta luz sobre la sociedad feudal frances de comienzos del siglo XVIII (21) Carlo Ginzburg nos ha expuesto mi nuciosamente la cosmología de u obscuro y humilde molinero que vi vió en la Italia del Norte a comienzo del siglo XVI, intentando describi así la perturbación intelectual y sico lógica causada por las ideas de la Re forma, tal como se infiltraban en la profundidades populares (22). Em manuel Le Roy Ladurie ha esbozad un cuadro único, inolvidable, de l vida y la muerte, del trabajo y de l vida sexual, de la religión, y de la cos tumbre en un pueblo de los Pirineos principios del siglo XIV (23). «Mon taillou» es un libro importante po dos conceptos: primero, porque figu ra entre los libros de historia má vendidos del siglo XX; luego, porqu no cuenta una historia que se caeri de su peso —no hay historia—, sin que vagabundea sin orden por entr los pensamientos de la gente. No e por casualidad por lo que esta dife rencia es precisamente la que hac que se distingan la novela moderna la novela de antes. Más recientemen te, Le Roy Ladurie ha contado u episodio sangriento de la historia d Romans, pequeña ciudad del sudes de Francia, sirviéndose de aquello días de 1580 para desvelar los odio entrecruzados que desgarra un tejid

Aunque la vuelta al relato ha alcanzado gran interés, esta producción sigue siendo ínfima comparada con la de historiadores tradicionales.

social (24). En su último libro, Carlo M. Cipolla, que ha sido hasta aquí uno de los más intransigentes entre los estructuralistas de la historia económica y demográfica, se muestra más preocupado por reconstruir, digamos incluso por evocar las reacciones de las personas ante una terrible pandemia, que por establecer estadísticas de morbosidad y de mortalidad. Por primera vez, cuenta una historia (25). Eric Hobsbawn ha narrado las vidas inmundas, bestiales y efímeras de los rebeldes y de los bandoleros de todos los rincones del mundo, con el fin de caracterizarlas y definir sus objetivos (26). Edward Thompson ha trazado la historia de las luchas entre cazadores furtivos y autoridades del bosque de Windsor para presentarnos su tesis sobre el conflicto de los plebeyos y de los patricios ingleses a principios del siglo XVIII (27). Robert Darnton acaba de exponernos cómo se publicó la enciclopedia, lo que permitió proyectar una nueva y viva luz sobre la difusión de las luces en el siglo XVIII, con todo el detalle de la fabricación de los libros y los problemas planteados por el mantenimiento de un mercado de ideas, nacional e internacional (28). Nathalie Davis nos ofrece el relato del cuatro «cencerradas» (charivari), o humillaciones rituales y públicas, desarrolladas en Lyon y Ginebra en el siglo XVII, entendiendo ilustrar con ello los esfuerzos de las comunidades para hacer respetar las normas públicas del honor y de la propiedad (29).

Este despertar del interés por la «mentalidad» anima al historiador a escribir como se hacía en los viejos tiempos. Cuando un Keith Thomas escribe su libro sobre el conflicto entre magia y religión, lo construye alrededor de un «principio abierto», al que engancha toda una masa de historias y de ejemplos. En mi estudio sobre la evolución de la vida afectiva en la familia inglesa, hago lo mismo, si no en la calidad de la hazaña, al menos en la intención, y en el método (31).

Todos los historiadores de los que he hablado son especialistas maduros en una larga frecuentación de la «nueva historia», acostumbrados a plantear nuevas cuestiones, a intentar métodos nuevos, a investigar nuevas fuentes. Vuelven ahora a las historias que se cuentan: pero hay diferencias entre sus historias y las de los historiadores que narraban según la tradición; yo he encontrado cinco. La primera, es que, todos, casi sin excepción, se ocupan de la vida, los sentimientos, las conductas de los pobres y los desconocidos, y no de los grandes y los poderosos. La segunda, es que, como en todo buen método, el análisis sigue siendo para ellos tan indispensable como la descripción, y así pasan de buena gana y a veces torpemente, de un modo a otro. La tercera: inauguran éstos, nuevas fuentes, a menudo las actas de los tribunales penales que procedían según el derecho romano y que conservaban por tanto transcrita la declaración completa de los testigos. (Está de moda también otro uso de los expedientes criminales: se saca el gráfico de tal o cual tipo de desviación, con las alzas y las caídas. Tentativa prácticamente vana, a mi parecer, puesto que en ella no cuentan los crímenes perpetrados, sino los criminales detenidos y perseguidos, lo que es completamente diferente; no hay razón para suponer que la relación de un cómputo al otro sea constante a lo largo del tiempo.) Cuarta diferencia: su manera de contar no es con frecuencia la de Homero, Dikens o Balzac. Bajo la influencia de la novela moderna y de las ideas freudianas, exploran éstos con precaución el subconsciente, en lugar de atenerse a los simples hechos. Y bajo la influencia de los antropólogos, intentan apoyarse en las conductas para revelar la significación simbólica. La quinta diferencia, es que no cuentan por sí mismas la historia de una persona, de un proceso, de un episodio dramático; componen su relato para ilustrar lo que podía obsesionar a una cultura o a una sociedad pasadas.

¿El fin de una época?

Si mi diagnóstico es fundado, este movimiento de los «nuevos historiadores» hacia la narración marca el fin de una época; aquélla en que se intentó aportar una explicación coherente y científica de las evoluciones pasadas. El determinismo económico y demográfico se ha hundido ante la evidencia, pero ningún modelo determinista acabado, fundado sobre la

A.J.A. Symons
En busca del barón Corvo

Libros como este muestran el interés por contar una buena historia, con personajes poco conocidos.

política, la sicología o la cultura, se ha presentado para sustituirlo. El estructuralismo y el funcionalismo apenas han salido mejor parados. Se ha podido ver que el método cuantitativo no es más que una débil caña y que no se sabe responder más que a una serie limitada de preguntas. Obligados a escoger, ya modelos estadísticos y «a priori» del comportamiento humano, ya la inteligencia por observación, experiencia, juicio e intuición, algunos de los «nuevos historiadores» se dejan reducir al segundo modo de interpretación del pasado.

Aunque esta vuelta al relato sea en ellos un fenómeno bastante reciente, ello no es más que un simple hilillo de agua en comparación con la producción constante, abundante y no menos distinguida de relatos políticos descriptivos, compuestos por historiadores más tradicionales. Por citar un ejemplo reciente, el mundo de la cultura acaba de aclamar el libro de Simon Schama sobre la política de los Países Bajos en el siglo XVIII (32). Durante decenas de años los «nuevos» practicantes de la historia social no han mostrado más que indiferencia o desdén apenas disimulado por este género de obras. A decir verdad, esta actitud apenas estaba justificada, pero ha impulsado a los historiadores tradicionales, estos últimos años, a adaptar su estilo descriptivo y a plantear nuevas cuestiones. Son ya varios los que no se preocupan tanto por los intereses del poder y piensan con menos frecuencia en los reyes, los primeros ministros, las guerras y la diplomacia; a la manera de los «nuevos historiadores», dirigen en su atención a la vida privada de los oscuros y de los sencillos. No se sabe con exactitud cuál es la causa de esta tendencia, si es que hay tendencia, pero la misma parece inspirada por el deseo de contar una buena historia y, al hacerlo, desvelar los meandros de la personalidad y el sentido profundo de las cosas en una cultura y una época diferentes. Hace ya cierto tiempo que algunos historiadores tradicionales han tomado este partido. En 1958, G. R. Elton escribió un libro a base de relaciones de revueltas y vías de hecho en la Inglaterra del siglo XVI, extraídas de los papeles de la «Cámara estrellada» (33). En 1946, Hugh Trevor-Roper había reconstruido brillantemente los últimos días de Hitler (34). Muy recientemente, ha hecho investigaciones sobre la sorprendente carrera de un inglés relativamente poco conocido, coleccionista de manuscritos, estafador y pornógrafo en secreto, que vivió en China en los primeros años de nuestro siglo (35). ¿Por qué desenredar esta historia? Porque es divertida, creo, y porque existe placer en contarla, en perseguir y en recuperar a este extraño espécimen histórico. Su técnica recuerda más o menos la que adoptó, en tiempos, A. J. A. Symons en su libro clásico sobre el barón Corvo (36); en cuanto a los motivos, éstos se parecen mucho a los que animan a Richard Cobb a relatar, con detalles que ponen carne de gallina, la vida sórdida y la muerte de criminales, prostitutas y otros inadaptados de los bajos fondos de la Francia revolucionaria (37).

A. J. P. Taylor, el historiador británico, ha logrado con su autobiografía uno de los mejores ejemplos de la historia narrativa.

Completamente diferentes por su contenido, método y miras son los escritos de la nueva escuela inglesa de los jóvenes «antiquarian empiricits», jóvenes adeptos a la historia factual. Escriben relatos políticos detallados de donde se desprende, aunque no se diga, que la historia no tiene significación profunda y que depende de los caprichos de la fortuna o de los accidentes de la personalidad. Conducidos por Conrad Russell y John Kenyon, incitados por Geoffrey Elton, en la actualidad se esfuerzan por extirpar toda conciencia ideológica o todo sentimiento idealista de las dos revoluciones inglesas del siglo XVIII (38). No hay duda de que pronto dirigirán su atención, ellos u otros de idéntica inspiración, hacia otros horizontes. Sus premisas jamás son declaradas explícitamente, pero su óptica es del más puro neonacimiento (*), en el momento mismo en que el namierismo, como modo de considerar la política inglesa en el siglo XVII, se dispone a entregar su alma. Uno se pregunta si su actitud a propósito de la historia política no provendría, por vías subconscientes, de un sentimiento de desilusión: si el sistema parlamentario contemporáneo no les parecería incapaz de luchar cuerpo a cuerpo contra el inexorable ocaso de la gran potencia e imperio económico que fue la Gran Bretaña. Sea lo que fuere, tenemos en ellos cronistas muy eruditos e inteligentes del hecho concreto, de la «historia evenemencial». En calidad de tales constituyen un afluente entre las numerosas corrientes que alimentan la narración renaciente.

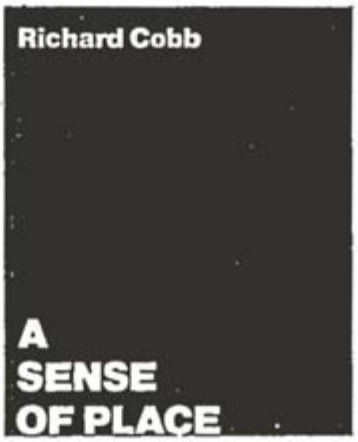
Los «nuevos historiadores» que han pasado del modo analítico al modo descriptivo, han obedecido a un móvil fundamental: han cambiado de actitud sobre lo que constituye la materia principal de la historia. Cambio de la máxima importancia, pues proviene de postulados filosóficos previos en cuanto al papel del libre albedrío en la acción recíproca del hombre y las fuerzas de la naturaleza. Nada nos informará mejor sobre ambos polos opuestos del pensamiento que las citas, una para el uno y dos para el otro. En 1973, Emmanuelle Roy Ladurie intitulaba una sección de un volumen de sus ensayos «La historia sin hombres» (39). En el lado opuesto, hace medio siglo, Lucien Febure anunciaba: «Mi presa es el hombre», y hace un cuarto de siglo, Hugh Trevor-Roper, en su lección inaugural, pedía encarecidamente a los historiadores que estudiasen «no

las circunstancias, sino al hombre en sus circunstancias» (40). Hoy el ideal de Febvre gana terreno en numerosos medios, al tiempo que siguen saliendo de las prensas estudios analíticos y estructurales consagrados a fuerzas impersonales. Así pues, tenemos a los historiadores divididos en cuatro grupos: los narradores a la antigua, que son sobretodo historiadores de la política y biógrafos; los cliométricos, que continuan drogándose con estadísticas; los especialistas intransigentes de la historia social, siempre atareados en el análisis de estructuras impersonales, y los historiadores de la «mentalidad», que últimamente practican la caza de los ideales, los valores, las actitudes espirituales, los esquemas de comportamiento personal e íntimo, más buscado cuanto más íntimo. Si los historiadores de la «mentalidad» optan por el relato minuciosamente descriptivo o la biografía desenterrada de un individuo, esta opción no deja de plantear problemas. El aprieto no es nuevo: el razonamiento que se apoya en un ejemplo escogido es poco convincente filosóficamente; es un medio retórico, no una prueba científica. Recientemente Carlo Guinzburg ha descrito muy bien la gran trampa filosófica en que estamos cogidos: «Desde Galileo, el modo cuantitativo y antropocéntrico de abordar las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias del hombre en un enojoso dilema: o bien se sitúan en un bajo nivel científico para estar en condiciones de alcanzar resultados importantes, o bien se sitúan en un alto nivel científico para alcanzar resultados sin gran importancia» (41). Como la segunda vía de acercamiento ha sido decepcionante, uno se deja arrastrar hacia la primera. En consecuencia, se asiste actualmente a una proliferación del ejemplo —cada vez más, se trata de un ejemplo único, pero detallado—, escogido a la manera de moda de escribir la historia. En un sentido, esto es solamente una extensión lógica del enorme éxito de los estudios de historia local, que se han fijado como objeto, no el conjunto de una sociedad, sino solamente un segmento —una provincia, una ciudad, incluso un pueblo—. La historia total no parece posible, sino a condición de escoger un microcosmo, y los resultados obtenidos han hecho más y mejor por aclarar y explicar el pasado que todos los estudios anteriores o simultáneos fundados en los archivos de gobierno central. Sin embargo, en otro sentido, la nueva corriente es la antítesis de los estudios de historia («history») local, puesto que abandona la historia total de una sociedad, por pequeña que ésta sea, y se aplica a la historia («story») de una única célula.

Ginzburg nos desvela con minuciosidad facetas nuevas de hombres conocidos o desconocidos que despiertan el mismo interés.

Segundo problema resultante del empleo de un ejemplo detallado: se trata de ilustrar una «mentalidad», pero ¿cómo distinguir lo normal de lo excéntrico? Una vez que nuestra presa es el hombre, se puede, narrando en detalle un incidente único o la historia de una personalidad, proponer el buen sentido al mismo tiempo que la buena lectura. Ahora bien, para que éste exista, no debe uno limitarse a contar por contar la revuelta espectacular, la violación conmovedora, la vida del granuja excepcional, los gestos del tipo malvado o místico, si el asunto no viene a cuento y si no se trata de eso; hay que escoger la historia por la luz que ésta pueda proyectar sobre ciertos aspectos de una cultura del pasado. Es decir, que debe ser típica, y si queda bien usar piezas procesales, no se resuelve sin embargo la gran dificultat, que es definir lo que es típico. Los individuos que se suele llevar a los tribunales son atípicos, casi por definición; pero la gente que se desnuda en las declaraciones de los testigos, ¿qué necesidad tiene de serlo? Asimismo ¿será uno lo suficientemente sagaz como para examinar los documentos, no por lo que prueban de la conducta marginal del acusado, sino por los rayos de luz arrojados sobre la vida y las opiniones de la gente a la que el azar ha envuelto en el asunto?

El tercer problema es de interpretación, y es aún más difícil de resolver. Con tal de que el historiador permanezca consciente de los riesgos que se



R. Cobb; los personajes de sus libros son marginados cuyas vidas se nos explican con detalles terribles.

corren, el relato es un medio que vale tanto como cualquier otro para entrever la intimidad de un hombre del pasado, para intentar entrar en sus pensamientos. La dificultad es que, una vez entregado a esa tarea, al narrador no le sobrarán toda la competencia, toda la experiencia y todo el saber adquiridos en la práctica de una historia analítica de la sociedad, de la economía y la cultura, si quiere ofrecer una explicación admisible de los hechos a veces bien extraños que tiene posibilidades de encontrar. Un poco de sicología de aficionado tampoco le estorbará, pero la sicología de aficionado es de un manejo delicado: el éxito del mismo es dudoso, algunos dirán imposible.

Otro peligro evidente de esta vuelta al relato, es que puede desembocar en la antigualla sin más, en el chisme placentero. Y otro: va a concentrar la atención en lo sensacional y por lo mismo sumir en la sombra todo lo monótono y lo gris, que es el patrimonio de la inmensa mayoría. Uno se divierte enormemente leyendo a Trevor-Rope y a Richard Cobb, pero, desde ambos puntos de vista, estos se prestan enormemente a la crítica. Es evidente que muchos practicantes del nuevo estilo, incluidos Cobb, Hobsbawn, Thompson, Le Roy Ladurie y Trevor-Roper (y yo mismo), están fascinados por las historias de violencia y sexo, que remueven en todos nosotros instintos de «voyeur». Se puede responder a eso que sexo y violencia son inseparables de toda experiencia humana y que es razonable y definible al respecto buscar conocer la fuerza de su impacto entre los hombres de otros tiempos, no menos que esperar en-

contrarios en nuestros días en el cine y la televisión.

Siguen sin solución algunos problemas de enseñanza. Cómo habrá que formar a nuestros estudiantes del futuro —suponiendo que haya a quien formar—. ¿Habrá que iniciarles en las artes de la antigua retórica? ¿En la crítica textual? ¿O en las técnicas de análisis de las organizaciones sociales y económicas, que hemos practicado durante una generación? Sigue pendiente por lo tanto la cuestión de saber si esta resurrección inesperada del modo narrativo en tantas eminencias de la «nueva historia» aparecerá como un beneficio o como un daño para el porvenir de la profesión.

En 1972, Le Roy Ladurie escribía con aplomo: «La historiografía contemporánea, que se pretende cuantificada, masiva, estructural, ha sido obligada perjudicialmente a matar para vivir: ha condenado a una cuasi muerte, desde hace varios decenios, a la historia evenemencial y a la biografía atomística» (42). Es demasiado pronto para pronunciar una oración fúnebre por la historia cuantitativa, estructural y analítica, pues aún no es un cadáver en descomposición. Sigue prosperando, e incluso creciendo, si son indicativas tesis de doctorado como las que se redactan en los Estados Unidos (43). Sin embargo ahí está la evidencia: en este tercer decenio, la historia narrativa y la biografía individual parecen resucitar de entre los muertos. No tienen el mismo aspecto que antes de su supuesta defunción, pero se las reconoce fácilmente por variantes del mismo género.

Es evidente que de un simple vocablo como narración, y que arrastra tras sí una historia tan complicada, no se podría caracterizar lo que, de hecho, es un haz de cambios de naturaleza en el discurso histórico. Hay signos de evolución en cuanto al debate central de la historia: de las circunstancias que rodean al hombre, se va hacia el hombre en sus circunstancias; en cuanto a los problemas estudiados: de lo económico y lo demográfico, hacia lo cultural y afectivo; en cuanto a las fuentes primordiales de influencia: de la sociología, la economía y la demografía, a la antropología y la sicología; en cuanto alterna; del grupo al individuo; en cuanto a los modelos explicativos de la mutación histórica: de lo estratificado y lo unicausal, a lo comunicante y lo multicasual; en cuanto al método de la cuantificación del grupo al ejemplo individual; en cuanto a la organización de lo analítico a lo descriptivo, y en cuanto a la noción que uno se hace del papel de historiador, de lo científico a lo literario. Estos múltiples cambios en la escritura de la historia, estos recambios del contenido, el objetivo, el método y el estilo que acaecen todos a un tiempo, mantienen, sin duda, algunas afinidades electivas: se amoldan perfectamente. No se podría uno contentar con un solo término para resumirlos. Así, por el momento, «narración» no será más que la abreviatura cómoda, el número de código de la operación en marcha.

Le estoy muy agradecido a mi esposa y a mis colegas, los profesores Robert Darnton, Nathalie Davis, Félix Gilbert, Charles Gillispie, Theodor Rabb, Carl Schorske y muchos otros, que han leído una primera redacción de este artículo y me han dirigido preciosas críticas. He acogido casi todas sus sugerencias, pero sólo yo soy responsable de los defectos del resultado.

Notas

(1) Estos «nuevos historiadores» son recientes, y no hay que confundirlos con los «nuevos historiadores» americanos de una generación precedente tales como Charles Beard y James Harvey Robinson.

(2) Para la historia de la narración véase L. Gossman, *Augustin. Thierry and Liberal Historiography, history and theory*, Beiheft XV (1979); H. White, *Metahistory: The historical Imagination in the Nineteenth Century* (Baltimore, 1973). Agradezco al profesor Randolph Starn el haber atraído mi atención sobre este último trabajo.

(3) E. Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*, I, p. 22 y primera parte, passim.

(4) Un artículo inédito de R. W. Fogel, «Scientific History and Traditional History» (1979), ofrece el ejemplo más persuasivo que se puede ir a buscar para presentar esta historia como la única verdaderamente científica. No por ello sigo menos escéptico.

(5) Bronislaw Malinowski, *A Scientific Theory of Culture, and Other Essays* (Chapel Hill, N. C..., 1974). *Une théorie scientifique de la culture et autres essais*, Paris, 1970).

(6) F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (Paris, 1949); P. Goubert, *Beauvais de 1600 à 1730* (Paris, 1960); E. Le Roy Ladurie, *Les Paysans du Languedoc* (Paris, 1966).

(7) Le Roy Ladurie, «L'histoire immobile» «Le territoire de l'historien», II, pp. 7-34 (lección inaugural en el Collège de France, 1973).

(8) R. Darnton, «Intellectual and Cultural History», en M. Kammen (ed), *History in Our Time* (de próxima aparición, Ithaca, N.Y., 1980).

(9) M. Zuckermann «Dreams that Men Dare to Dream: The Role of Ideas in Western Modernization», *Social Science Hist.*, II (1978).

(10) FR. Furet y J. Ozouf, *Lire et ecrire* (Paris, 1977). Ver también K. Lokridge, *Literaty in Colonial New England* (New York, 1974).

(11) Alusión al debate desencadenado por Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, 70 (febrero 1976), pp. 30-75. Próximamente lo reproducirá DEBATS.

(12) R. W. Fogel y S. Engerman, *Time on the Cross* (Boston, Mass, 1974); H. Gutman, *Slavery and the Numbers Game* (Urbana, III, 1975).

(13) E. Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historie*, I, p. 14.

(14) C. Geertz. «Deep Play: Notes on the Balinese Cock-Fight», en *The Interpretation of Cultures* (New York, 1973).

(15) D. P. Jordan, «The King's Trial: Louis XVI v. the French Revolution» (Berkeley, 1979) comunicación en el *Publisher's Weekly* del 13 de agosto de 1979).

(16) N. Elias, *Uber den Prozess der Zivilisation* (Bâle, 1939); en inglés: *The Civilizing Process*, 2 vol. Oxford y New York, 1978. *La Civilisation des moeurs*, Paris 1973; *La Societé de cour*, Paris, 1974; *La Dynamique de l'Occident*, Paris, 1975.

(17) Th. Zeldin, France 1848-1945, 2 vol. colección *Oxford History of Modern Europe*, Oxford, 1973-1977. *(Histoire des passions françaises*, Paris, 1978). Ver también R. Mandrou, *Introduction à la France Moderne*, 1500-1640 (Paris, 1961).

(18) Philippe Ariès, *L'Homme devant la mort* (Paris, 1977).

(19) J. Delumeau, *Vie économique et sociale des Rome dans la seconde moitié du XVI siècle*, 2 vol. (Paris, 1975, 1979); *L'Alum de Rome*, XV-XIX siècle (Paris, 1962); *Le Catholicisme entre Luther et Voltaire* (Paris, 1971); *La Mort des pays de Cocagne: comportements collectifs de la Renaissance à l'âge classique* (Paris, 1976); *L'Historie de la peur* (Paris, 1979).

(20) P. Brown, *The World of Late Antiquity from Marcus Aurelius to Muhammad* (Londres, 1971).

(21) G. Duby, *Le Dimanche de Bouvines*, 27 juillet 1214 (Paris, 1973).

(22) Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos* (Muchwick, Barcelona, 81).

(23) E. Le Roy Ladurie, *Motaillou, village occitan*, de 1294 à 1324 (Paris, 1976).

(24) E. Le Roy Ladurie, *Le Carnaval de Romans* (Paris, 1979).

(25) C. M. Cipolla, Faith, *Reason*

and the Plague in seventeenth-Century Tuscany (Ithaca, N. Y., 1979).

(26) E. J. Hobsbawn, *Rebeldes Primitivos;* E. J. Hobsbawn y G. Rudé, *Captain Swing* (Londres, 1969).

(27) E. P. Thompson, *Whigs and Hunters* (Londres, 1975).

(28) R. Darnton, *The Business of the Enlightnemment* (Cambridge, Mass, 1979).

(29) N. Z. Davis, «Charivari, honneur et cómmunanté à Lyon et à Genève au XVII siécle», in J. Le Goff y J. C. Schimidt (éd.), *Le Charivari.*

(30) K. V. Thomas, *Religion ant the Decline of Magic* (Londres, 1971).

(31) L. Stone, *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800* (Londres, 1977).

(32) S. Shama, *Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands,* 1780-1813 (Londres, 1977).

(33) G. R. Elton, *Star Chamber Stories* (Londres, 1978).

(34) H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler* (Londres, 1947).

(35) H. R. Trevor-Roper, *A Hidden Life: The Enigma of Sir Edmund Backhouse* (Londres, 1976).

(36) A. J. A. Symons; *The Quest for Corvo* (Londres, 1934). *A la recherche du baron Corvo,* Paris, 1962.

(37) R. Cobb, *The Police and the People* (Oxford, 1970); R. Cobb, *Death in París* (Oxford, 1978).

(38) C. Russell, *Parliaments and English Politics,* 1621-1629 (Oxford, 1979); J. P. Kenyon, Stuart England (Londres, 1978); ver también los artículos de John K. Gruenfelder, Paul Cristianson, Clayton Roberts, Mark Kishlansky y James E. Farnell, en *Journal of Modern History,* XLIX, número 4 (1977).

(39) E. Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historien,* I. p. 417.

(40) H. R. Trevor, *Roper, History, Professional and Lay* (Univ. de Oxford, Lección Inaugural, 1957), p. 21.

(41) C. Ginzburg, «Roots of a Scientific Paradigm» *Theory and Society,* VII (1979), p. 276.

(42) E. Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historien,* p. 169.

(43) R. Darnton, *Intellectual and Cultural History,* Appendix.

(*) La tentación de parafrasear el título del hermoso libro de Savater era demasiado grande. No he podido resistirme a ella. (N. del T.)

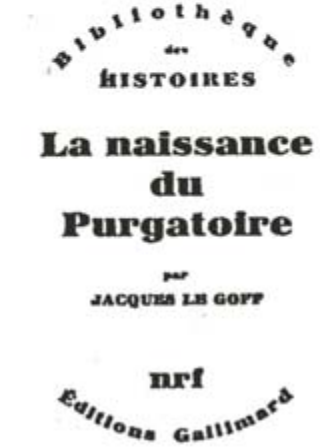
(*) «Counter-factual», que no son a prueba de hechos; llamados en francés moderno «de recambio» o «sustitutos». (N. del T.)

(*) Del nombre de Sir L. B. Namier (1888-1960), historiador al que algunos han acusado de no dar demasiada importancia a los designios racionales, a los ideales, a las ideologías, y que de hecho, veía irracionalidad en casi todos los comportamientos de masa o de individuos (N. del T.)

La naissance du Purgatoire sigue los avatares de este concepto desde la Antigüedad hasta el siglo XII, mostrando que su génesis no puede esclarecerla sólo lo teológico, la liturgia o las prácticas religiosas, sino que precisa de otras fuentes documentales: diarios, viajes, etcétera.

La batalla de Bouvines es aquí un pretexto para ofrecer un hormigueante girón del mundo medieval culto, en el que se desarrolla su «industria» más importante: la guerra, que tiene una concreta función económica: permite el rápido enriquecimiento, precisa una sutil justificación ideológica y religiosa y va seguida de una atenuación de las tensiones de clase.

Wigs and Hunters penetra en los conflictos sociales de un siglo XVIII inglés preñado de descontento, corrupción, ambición y crimen, a través de las luchas entre los *Blacks,* bandas armadas que saqueaban en los bosques reales, y los *Wigs,* oficiales reales a quienes aquéllos trataban de sobornar, con amenazas y violencia.



Eric J. H. Obsbawm. Profesor de Historia en el Birkbeck College de Londres, es uno de los historiadores marxistas ingleses más destacados. Junto a Thompson y Hill protagonizó una corriente renovadora del marxismo inglés en los años 60. Su obra ha sido ampliamente difundida en España, destacando: *Rebeldes primitivos, Revolucionarios, La era del Capital*, etcètera.

LAWRENCE Stone cree que existe una vuelta a la «historia narrativa» porque se ha producido un declinar de la historia consagrada a los grandes «porqués», de la «historia científica generalizante». Y si esta historia ha declinado, según él, es porque nadie se hace ya ilusiones sobre los modelos deterministas de la explicación histórica que han prevalecido sensiblemente en los años de posguerra, y que son, marxistas o no, esencialmente económicos; es porque declina también el compromiso ideólogico de los intelectuales occidentales; es porque la acción y la decisión políticas pueden imprimir una dirección a la historia, como lo hemos aprendido por experiencia; es porque la «historia cuantitativa» (otra pretendiente al estatuto «científico») no ha sido capaz de mantener sus promesas (1). Este razonamiento conlleva dos preguntas: ¿qué ha sucedido en historiografía, y cómo hay que explicarlo? Puesto que el historiador, todos estamos de acuerdo en decirlo, escoge siempre, orienta y quizás deforma los «hechos» que observa, hay un elemento de parcialidad, por no decir de autobiografía intelectual, en la respuesta que Stone da a estas dos preguntas, y en los comentarios que ella me inspira.

Podemos admitir, pienso, que en los veinte años posteriores a la Segunda Guerra Mundial la historia política y la historia religiosa han declinado rápidamente, que se ha explicado mucho menos la historia por las «ideas» y que se ha virado claramente hacia la historia socioeconómica y hacia la explicación por las «fuerzas sociales», tal y como Momigliano hacía notar desde 1954 (2). Las llamemos o no «económico-deterministas», corrientes de la historia han ganado en influencia, y en ciertos casos incluso predominado, en los principales centros historiográficos de Occidente; y se podría decir, aunque por otras razones, de los países del Este. Podemos también admitir que dichas corrientes se han diversificado considerablemente estos últimos años, y que ha habido un notable renacer del interés por ciertos temas: los temas más al margen de las grandes preocupaciones, esos inclasificables de la historia, esos «historical outsiders», miembros de la clase de los historiadores; tema empero que nunca habían sido descuidados. Pues finalmente Braudel ha escrito sobre Felipe II tanto como sobre los mediterráneos; y la monografía de Le Roy Ladurie sobre el carnaval de Romans de 1580 había sido anunciada con una relación del mismo episodio, más breve y sin embargo muy perspicaz, incorporada a su obra *Les Paysans du Languedoc* (3). Si los historiadores marxistas de los años 1970 escriben libros enteros sobre el papel de los mitos del nacionalismo radical, tales como la leyenda galesa del rebelde Madog, Christopher Hill ha escrito al menos un artículo fecundo sobre el mito del yugo normando, y esto a principios de los años 50. Dicho lo cual, se puede pensar que las cosas han cambiado algo.

Saber si este cambio corresponde a una vuelta de la «historia narrativa», tal como Stone la define —disposición fundamentalmente cronológica de la materia en «un relato seguido (*), aunque haya intrigas secundarias», atención centrada en «el hombre y no en la circunstancia»—, es difícil determinar en la medida en que, deliberadamente, éste se abstiene de toda constatación cuantitativa y se concentra en «los historiadores que, en el seno de la profesión forman un grupo reducido, pero un grupo muy en candelero» (5). Es, sin embargo, manifiesto que la antigua vanguardia historiográfica no rechaza ya, no desprecia ya, no combate ya, como lo hacían algunos de sus representantes, la «historia de los acontecimientos» («histore évènementielle»), pasada de moda, o incluso la historia a través de la biografía. El mismo Fernand Braudel no ha escatimado alabanzas al estudio de la historia narrativa popular, muy tradicional, de Claude Manceron, en el que intenta presentar los orígenes de la revolución francesa a través de una serie de biografías de comtemporáneos ilustres y gente del vulgo, que coinciden (6). Por otra parte, la minoría de historiadores a los que Stone supone intereses diferentes de los que tenían antes, no se ha puesto en realidad a hacer historia narrativa. Si dejamos a posta los conservadores y neoconservadores de la historiografía, como la escuela inglesa de los «antiquarian empiricists», queda, entre los trabajos que cita Stone o aquéllos a los que él se refiere, muy poco a historia narrativa pura. Para casi todos, el acontemiento, el individuo, incluso la recuperación de tal o cual modo de pensar que enlaza con el pasado, no son fines en sí mismos, sino medios de aclarar una cuestión más general, que va mucho más allá de la historia particular y de sus personajes.

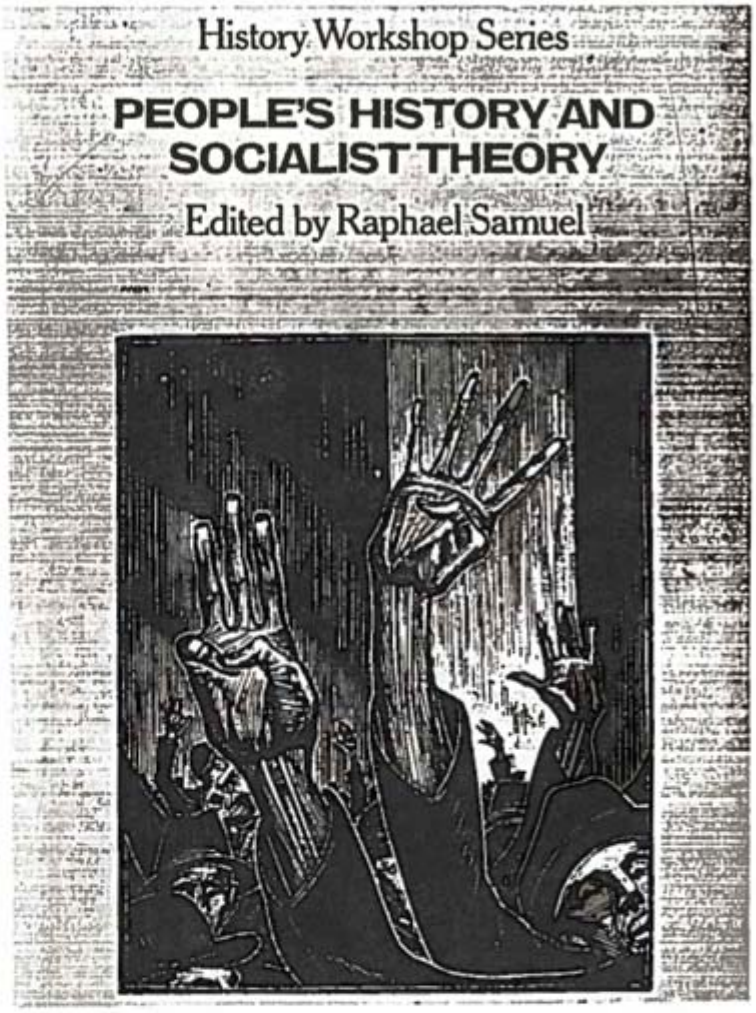
(*) Sin solución de continuidad (N. d. T.).

Cambio de intereses o cambio en las metodologías

En resumen, estos historiadores que creen aún en la posibilidad de generalizar en cuanto a las sociedades humanas y a su desarrollo, siguen interesándose por los «grandes porqués», aunque a veces les suceda que coloquen el acento en cuestiones diferentes a las que retenían la atención un cuarto de siglo antes. No hay, en realidad, ningún signo que permita decir que tales historiadores —Stone se interesa sobre todo por ellos— hayan renunciado a toda tentativa de «aportar una explicación coherente y... de las mutaciones pasadas» (7). Que además, ellos o nosotros consideremos que estas tentativas son «científicas», depende, sin duda alguna, de la definición que demos de ciencia, pero no tenemos necesidad alguna de entrar en este debate sobre etiquetas. Dudo mucho, por otra parte, que tales historiadores tengan el sentimiento de «volver al principio de indeterminación» (8), de la misma manera que Marx tuvo el sentimiento de que sus escritos sobre Louis Napoleón erán incompatibles con la concepción materialista de la historia.

INSTITUTO DE ARTE AMERICANO E INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

Aquél no duda en absoluto que muchos historiadores hayan renunciado a tales tentativas; que algunos, con seguridad, incluso las combatan, quizás con un celo que el compromiso ideológico aumenta. Haya decidido o no la ideología marxista, es difícil descubrir una disminución notable en el volumen de la controversia idológica entre los historiadores occidentales, aunque los participantes y las apuestas no sean las mismas que hace veinte años. La historia tal como la conciben los neoconservadores ha ganado, probablemente, terreno, al menos en Inglaterra: por un lado, a través de los trabajos de los «jóvenes antiquarian empiricists» que «escriben relatos políticos detallados, de donde se desprende, aunque no se diga, que la historia no tiene significación profunda y que depende de los caprichos de la fortuna o de los accidentes de la personalidad» (9), y por el otro, en forma de obras, como las de Théodore Zeldin (y Richard Cobb), extraordinarias inmersiones en el pasado, que tratan como elemento no pertinente «todos los aspectos de la historia tradicional», incluso el hecho de hacer preguntas (10). Es probablemente el caso de lo que se podría llamar la historia antiintelectual de izquierda. Pero Stone no hace más que rozar este aspecto de las cosas. Ahora bien, ¿cómo dar cuenta entonces de los cambios en los intereses y el contenido de la historia, suponiendo que se hayan producido efectivamente tales cambios o se produzcan en ese momento?



El desarrollo de la historia social

Uno de los rasgos de esos cambios, podría sugerirse, es el extraordinario ensanchamiento del campo de la historia, en el curso de los veinte últimos años, simbolizado por el desarrollo de la «historia social», ese receptáculo sin forma del material bruto, de los cambios físicos del hombre a los símbolos y los ritos, pero destinado prioritariamente a recibir las vidas de «todo» el mundo, desde los mendigos a los emperadores. Como Braudel ha señalado, «la historia oscura de todo el mundo» es la historia hacia la que tiende, de una u otra manera toda historiografía actual» (11). No está en nuestras intenciones meditar sobre las causas del ensanchamiento considerable de este campo, que por otra parte no es necesariamente incompatible con la tentativa de dar una explicación coherente del pasado. Todo ello aumenta, sin embargo, la dificultad técnica de la escritura de la historia. ¿Cómo deben ser presentadas esas dificultades? No es nada sorprendente que algunos historiadores tanteen diversas vías, especialmente las que se inspiran en las antiguas técnicas de la litertura (que ha hecho sus primeras armas revelando la «comedia humana») y en los modernos procedimiento audiovisuales de los que todos, salvo tal vez nuestros antepasados, estamos totalmente impregnados. Lo que Stone llama las técnicas «puntillistas» son, al menos en parte, tentativas para resolver semejantes problemas técnicos.

Estas experiencias son sobre todo necesarias en esta sección de la historia que no depende del «análisis» (o de su rechazo) y que Stone parece descuidar, a saber, la síntesis. El problema de ajustar entre sí las diversas manifestaciones del pensamiento y la acción del hombre en una época dada no es ni nuevo ni desconocido. Ninguna historia de la Inglaterra de tiempos de James I que omitiese a Bacon o le presentase únicamente como un hombré de leyes, un político, o un personaje de la ciencia o la literatura, sería satisfactoria. Por lo demás, los historiadores más clásicos lo admiten, incluso cuando sus soluciones —un capítulo o dos sobre la ciencia, la literatura, la educación o, yo qué sé, a lo largo de una exposición sobre las instituciones políticas— no son satisfactorias. Cuanto más vasto sea el campo de actividades humanas reconocido por el interés legítimo del historiador, más urgente será la necesidad de establecer relaciones sistemáticas entre ellas, más grande la dificultad de realizar una síntesis. Esto evidentemente, supera el problema técnico de la presen-

tación; sin dejar de unirse a él. Es posible que aquéllos que se dejan aún guiar en sus análisis por un modelo de base comparable al de los «tres planos», y se refieren aún a las superestructuras que Stone rechaza (12), encuentren esta guía de presentación insuficiente; y sin embargo, a mi parecer, la encuentrarán probablemente menos inadecuada que un relato cronológico.

Razones del éxito de la «nueva historia»

Si dejamos de lado los problemas de presentación y de síntesis, vemos otras dos razones sustanciales que pueden explicar el cambio. La primera reside en el éxito de los «nuevos historiadores» en el curso de los decenios de posguerra. Un éxito que es debido a la simplificación premeditada del método, la insistencia en la base socio-económica y los determinantes de la historia en detrimento de la narrativa tradicional y a veces en confrontación abierta con ella, como ocurrió en Francia a propósito de la lucha contra la «historia de los acontecimientos». Si ha habido efectivamente algunos extremistas que lo reducían todo a la economía y otros que suprimían hombres y acontecimientos, los consideraban desdeñables ondulaciones en la estructura y la conyuntura a largo plazo, tamaño exceso no era universalmente compartido ni en los «Annales» ni entre los maxistas que, sobre todo en Inglaterra, no dejaron nunca de interesarse por los acontecimientos o la cultura y no consideraban que la «superestructura» dependía siempre y totalmente de la «base». El inmenso éxito de los trabajos como los Braudel, Goubert y Le Roy Ladurie, que Stone subraya, no sólo dejaba a los «nuevos» historiadores libres de concentrarse en los aspectos de la historia deliberadamente descuidados hasta entonces, sino que los colocaba en buen lugar en el programa de estos «nuevos historiadores». Como lo hizo notar, hace algunos años un eminente «annalista», Le Goff: «La historia política debía progresivamente imponerse de nuevo, tomando los métodos, el espíritu, y el acercamiento teórico de las mismas ciencias que la habían relegado a un plano secundario (13). Es posible considerar la historia de los hombres y de las mentalidades, de las ideologías y los acontecimientos, complementarias del análisis de las estructuras y las corrientes socio-económicas, antes que obligada a sustituirla.

MORT

Une nuit de Chicago

Etienne Stéfani, tué à Pigalle. (Collection Détective.)

Paoleschi, blessé su cimetière de Thi (Collection Détectiv

DES CORSES

Les Corses à Pigalle. (Collection Détective.)

UN EJEMPLO DE HISTORIA NARRATIVA:

«El 27 de julio del año 1214 caía en domingo. El domingo es el día del Señor y a él se debe todo entero. He conocido campesinos que hace poco todavía temblaban cuando el mal tiempo les obligaba a segar en domingo: sentían sobre sí la cólera del cielo. Los parroquianos del siglo XIII la sentían todavía más amenazadora y el cura de su iglesia no sólo prohibía ese día el trabajo manual, sino que buscaba de otro modo convencerlos de purificarse íntegramente durante todo el domingo, mantenerlos alejados en ese día de tres cosas indignas: el dinero, el sexo y el derramamiento de sangre. Por este motivo en tiempo de domingo nadie tocaba adrede el dinero, por el mismo motivo los maridos evitaban acercarse demasiado a las mujeres, y los hombres de armas de empuñar la espada. En Orbene, el domingo 27 de julio, miles de guerreros transgredieron la prohibición. Lucharon, y con toda la furia, junto al monte de Bouvines, en Flandes. Los guiaban reyes, el de Alemania y el de Francia. Encargados por Dios de mantener el orden del mundo, consagrados por los obispos, ellos mismos medio sacerdotes, más que ningún otro, hubieran debido respetar las prescripciones de la Iglesia. Sin embargo se atrevieron a enfrentarse en aquel día, llamar a las armas a sus compañeros, trabar un combate, no una simple escaramuza, sino una auténtica batalla. Por otra parte, era la primera batalla que se atrevía a entablar el rey de Francia desde hacía más de un siglo. Finalmente, la victoria que Dios concede a los que ama fue estrepitosa, mayor que cualquier otra que se recordaba. Un triunfo digno de César o del Emperador Carlos, el de los Cantares. Por todos estos motivos, los campos a medio segar de Bouvines fueron aquel día teatro de un hecho memorable. Los acontecimientos son como la espuma de la historia, burbujas grandes o pequeñas que se abren en la superficie, y estallando suscitan olas que se propagan más o menos lejos. Este acontecimiento ha dejado huellas muy duraderas que, sin embargo hoy han desaparecido del todo. Sólo estas huellas le dan vida, y sin ellas el acontecimiento no es nada: de ellas precisamente intenta hablar este libro.»

(Georges Duby: *Le dimanche de Bouvines, 27 de julio de 1214*. Gallimard, 1973.)

INSTITUTO DE ARTE AMERICANO E INVESTIGACIONES ESTETICAS

Pero con tal de que los historiadores comiencen a interesarse por estas cuestiones, éstos prefieren abordar el problema de la «explicación coherente de las mutaciones del pasado», desde un punto de vista ecológico y no como geólogos. Prefieren comenzar estudiando una «situación que englobe e ilustre la estructura estratificada de la sociedad, al tiempo que permita concentrarse en los elementos de complejidad y las relaciones entre un hecho y otro, antes que emprenderla con la estructura en sí misma, sobre todo si pueden apoyarse en un estudio anterior. Este comportamiento, observa Stone, radica en la admiración que algunos historiadores profesan a trabajos comparables a la «observación detallada» a la que se entrega Clifford Geertz a partir de un combate de gallos en Bali (14). Esto no implica necesariamente opción entre lo unicasual y lo multicasual, ni conflicto entre un modelo en el que se atribuyera más poder a ciertas determinantes históricas que a otras, o la identificación de relaciones verticales y horizontales entre un hecho y otro. Una «situación» puede ser un punto de partida cómodo, como en el estudio de ideología popular que realiza Ginzburg a partir del caso de un único pueblo ateo en el siglo XVI o de un único grupo de campesinos en el Friúl, acusados de hechicería (15). Ambos temas podrían ser abordados de diferente manera. Ello puede ser un punto de partida necesario en otros casos, por ejemplo, en el hermosísimo estudio de Agulhon sobre la conversión, localizada en el espacio y en el tiempo, de lugareños franceses convertidos en militantes republicanos después de haber sido católicos tradicionales (16). Sea lo que sea, los historiadores tienen probablemente razones precisas para escoger semejante punto de partida.

No hay necesariamente contradicción entre *Les Paysans du Languedoc* y *Montaillou*, no más entre los estudios generales de Duby sobre la sociedad feudal y su monografía sobre la batalla de Bouvines, ni que entre *The Making of the English Working Class* y *Whigs ans Hunters*, de E. P. Thompson (17). No hay, nada nuevo en la decisión de contemplar a través de un microscopio, en vez de a través de un telescopio. Mientras admitamos que estudiamos el mismo universo, la opción entre microcosmo o macrocosmo será un problema de selección de técnica adecuada.

Es significativo que, en nuestros días, la mayoría de los historiadores hayan optado por el microcospio, pero esto no quiere decir necesariamente que éstos rechacen el telescopio como un instrumento anticuado. Incluso los historiadores de la mentalidad ese cajón de sastre, impreciso, que Stone, quizás por prudencia, no ha intentado clasificar, no desdeñan por principio la mirada de largo alcance. Esta es, al menos, una lección que les han enseñado los antropólogos.

¿Explican estas observaciones el «haz de cambios de naturaleza en el discurso político» (18), que Stone ha identificado? Quizás no. Sin embargo demuestran que es posible interpretar lo esencial de lo que él ha estudiado como la continuación de las empresas históricas del pasado con otros medios y no como pruebas de su fracaso. No pretendemos negar que ciertos historiadores los tienen por signos de eso, los juzgan inoportunos, y quisieran en consecuencia cambiar sus discursos, por varias razones, de las que algunas son intelectualmente dudosas y otras merecen examen. Digamos, claramente, que ciertos historiadores han pasado de las «circunstancias» a los «hombres» (lo cual incluye a las mujeres), o bien han comprendido que el modelo simple base/estructura no bastaba o no bastaría ya mucho tiempo, en la medida en que tales acercamientos eran fructuosos. Otros se han convencido a sí mismos de la incompatibilidad entre su papel «científico» y su papel literario. Pero no hace falta analizar los modos actuales de la historia enteramente como el rechazo del pasado, ni en la medida en que una problemática no da cuenta de él, es rechazable.

Estamos muy deseosos de saber qué dirección van a tomar los historiadores. El ensayo de Stone debe ser acogido como un esfuerzo en este sentido. Sin embargo no me satisface. Por más que Stone lo niegue, este ensayo asocia al repertorio de «cambios observados en la moda historiográfica», «juicios de valor sobre las buenas o menos buenas maneras de escribir la historia» (19), insistiendo sobre todo en estas últimas. Encuentro que es una pena, no por nuestro desacuerdo sobre el «principio de indeterminación» y la generalización en historia, sino porque si el razonamiento es falso, el diagnóstico sobre «los cambios en el discurso histórico» que de él surge es a la fuerza incorrecto.

Uno siente la tentación, como ese escocés legendario a quien un viajero preguntaba el camino para ir a Ballynahinch, de pararse, meditar y responder: «Yo de usted, no me movería de aquí.»

Notas

(1) Lawrence Stone, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, núm. 85 (nov. 1979) pp. 3-24.

Eric Hobsbawm, «The Revival of Narrative: some Comments», *Past and present*, núm. 86 (feber. 1980).

(2) Arnaldo Momigliano, «A Hundred Years after Ranke», *Studies in Historiographi* (Londres, 1966), pp. 108-109.

(3) Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen'à l'époque de Philippe II* (Paris, 1960); Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le Carnaval de Romans* (Paris, 1979); Emmanuel Le Roy Ladorie, *Les Paysans du Languedoc*, 2 vol. (Paris, 1966), I, pp. 394-399, 505-506.

(4) Chistopher Hill, *The Norman Yoke, in John Saville* (ed), *Democracy and the Labour Movement: Essays in Honour of Dona Torr*, (Londres, 1954), recuperados en Christopher Hill, *Puritanism and Revolution: Studies in Interpretation of the English Revolution of the XVIIth Century* (Londres, 1958), pp. 50-122.

(5) Stone, op. cit., p. 117.

(6) Fernand Braudel, «Une parfait réussite», comunicación de Claude Manceron, «La Révolution qui lève, 1785-1787», Paris, 1979, *L'histoire*, núm. 21 (1980), pp. 108-109.

(7) Stone, op. cit., p. 137.

(8) Ibid., p. 129.

(9) Ibid., p. 138.

(10) Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, vol. (Oxford History of Modern Europe ser., Oxford, 1973-1977), trad. francesa *Histoire des passions françaises* (Paris, 1978); Richard Cobb, *Death in Paris* (Oxford, 1978).

(11) Braudel, «Une perfaite réussite», p. 109.

(12) Stone, op. cit. pp. 122-123.

(13) Le Goff, «Is Politics Still the Backbone os history?» in Felix Gilbert y Stephen R. Granbard (ed.), *Historial Studies Today* (Nueva York, 1972), p. 340.

(14) Clifford Geertz, «Deep Play: Notes on the Balanese Cock. Fight», in *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973). Trad. francés «Jeu d'enfer. Notes sur le combat de coqs balinais», *Le Debat*, núm. 7, dic. 1980.

(15) Carlo Ginzburg, «El queso y los gusanos» (Muchnick, Barcelona); Carlos Ginzburg, *I benandanti: ricerche sulla Stregoneria e sul cultiagraritra Cinquecento e Seicento* (Turin, 1966).

(16) Maurice Agulhon, *La Republique au village* (Paris, 1970).

(17) Le Roy Ladurie, *Les Paysans du Languedoc;* Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 a 1324* (Paris, 1973);. E. P. Thompson, *The Naking of the English Working Class* (Londres, 1963; ver en Le Debat, núm. 3, julio-agosto de 1980, la presentación de esta obra por Patrick Fridenson con extractos traducidos); E. P. Thompson, *Whings and Humters* (Londres, 1975).

(18) Stone, op. cit. p. 142.

(19) Stone, op, cit. p. 118.